

LAURENCE DEBRAY

*Hija de
revolucionarios*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Una tarde, Fidel Castro se presentó de improviso en la habitación de hotel de mis padres. Se quedó toda la noche; mi padre tuvo que luchar contra su costumbre de acostarse temprano. Su admiración compensó aquel esfuerzo. Sobre todo porque la máquina de café, puesta a su disposición en la suite, no funcionaba. El Líder Máximo, atento a los detalles, se preocupó a la mañana siguiente de que fuera reparada. Las visitas nocturnas de Fidel Castro se hicieron habituales, y la estancia de mis padres en Cuba se prolongó. Mi padre pretextó una enfermedad tropical para excusarse de su deserción de las aulas de Nancy. Su ángel de la guarda, mi abuela, hizo después lo necesario para que fuera destinado como profesor a la Universidad de La Habana. Nunca fue a cobrar sus honorarios a la embajada de Francia. Aquella tapadera le permitía estar en regla con la administración y tranquilizar a sus padres, preocupados por el bienestar de su retoño en el trópico.

→ El icono revolucionario y fiel confidente de Castro, Celia Sánchez, se encargó de buscarles alojamiento en una casa de seguridad, una de aquellas villas elegantes confiscadas por el gobierno cuyo propietario había huido al exilio.

De este modo los invitados «especiales» del Comandante se instalaban «con todas las medidas de seguridad» en el barrio exclusivo del Laguito, protegidos de las infiltraciones y de cualquier potencial veleidad de invasión del enemigo imperialista vecino. La isla vivía bajo asedio: los rumores de asesinato de Fidel Castro pululaban y el embargo económico mantenía una atmósfera de guerra. El Líder Máximo y sus acólitos nunca se quitaban el uniforme ni las botas militares. Los discursos oficiales finalizaban todos con el inevitable «Patria o muerte, venceremos».

Celia Sánchez propuso a mis padres que se mudaran a una casa espaciosa con jardín y piscina. Mi padre prefirió un apartamento con balcón en un edificio discreto de tres plantas, situado en el céntrico barrio de Miramar, cerca del Malecón: una vivienda modesta, práctica, alejada de los demás huéspedes distinguidos. No iba a sustituir la comodidad burguesa de su familia por el lujo tropical del jefe de los barbudos. Sin embargo, no utilizaba la guagua, el autobús en el que se amontonaban los cubanos, ni hacía cola con una cartilla de racionamiento para llenar la nevera. Tenía un coche con chófer a su disposición, de esta forma controlaban sus idas y venidas, y le dejaban con regularidad la compra delante de su puerta. A veces mi madre conseguía convencerlo para salir por la noche al muy selecto club Monseigneur, donde se podía escuchar al famoso cantante Bola de Nieve. No pagaban en ninguna parte. Eran rehenes voluntarios de lujo. Vivían a cargo del régimen, dependiendo directamente de Fidel Castro, como niños que subsisten gracias a sus progenitores, a merced de las más mínimas muestras de generosidad y castigo.

A veces Fidel Castro se presentaba cuando menos se lo esperaba. La velada se prolongaba entonces hasta tarde en un restaurante. Un día, mi padre le soltó a su anfitrión: «En

La Habana se come demasiado bien.» Aquella opulencia desenfrenada lo incomodaba. Su constitución frágil —pagaba caro los excesos de alcohol y culinarios— lo empujaba al ascetismo. Su actitud austera y puritana era el reflejo de una limitación física. El Líder Máximo, por su parte, podía hablar de política hasta el alba. «Hacia las seis de la mañana, desaparecía para ir a acostarse. Pero a las once ya estaba allí, con un montón de comunicados de prensa enrollados bajo el brazo, al corriente de todo. Y cuando digo “todo”, me refiero a ¡toda la actualidad mundial de todos los acontecimientos políticos de todos los países del planeta! Tanto Francia como Chile, Vietnam, Mozambique o —lo que más contaba para él— Estados Unidos», explicaba mi madre en *L'Express* en 2016. Poseía todas las cualidades de los grandes hombres, y «su fuerza telúrica» era la más notable.

No había contingencia material que desviara a mis padres de la razón por la que se habían quedado en Cuba: convertirse en revolucionarios profesionales, un oficio que no aparecía en la lista de la Oficina de Empleo o de la Seguridad Social. Mi padre siempre ha huido de la gestión de la vida cotidiana; mi madre ha tenido que afrontarla a regañadientes. Cualquier trámite administrativo les supone un profundo desasosiego, incluso pánico si se trata de rellenar formularios. Por desgracia, fue el precio que tuvieron que pagar para reintegrarse al curso de una vida «normal». En aquel momento, ambos querían cambiar el mundo, y eso suponía una formación exclusiva, lejos de cualquier preocupación rastaramente prosaica. Fidel Castro había creado una «escuela de aprendices de guerrillero», una especie de Escuela Normal Superior de la revolución. Además de una preparación en estrategia militar y contrainteligencia, los entrenamientos físicos y psicológicos fueron intensos: artes marciales, tiro con fusil o con pistola, montaje y desmonta-

je de armas, operación de sabotaje, radiotransmisión y tablas de codificación, explosivos, localización, burlar la vigilancia, y, sobre todo, resistir los interrogatorios. Mi padre entonces se dejó bigote para dotar de virilidad a su cara de crío, la barba se reservaba para los «verdaderos» guerrilleros, no para los novatos.

Un chófer iba a buscarlos pronto por la mañana para llevarlos a una cabaña perdida en medio del campo donde hacían sus ejercicios militares cotidianos. El chófer era negro, y pasaban delante de una cárcel política, pero no se cuestionaban la segregación racial o los opositores al régimen, ocupados como estaban con el despliegue de la revolución por el continente latinoamericano y con el manejo de las armas. Mis padres destacaban en todo ello.

Un día mi madre le confesó a mi padre sus dudas: «La guerrilla nunca podrá ganar una guerra contra el ejército venezolano; los militares son demasiado numerosos y están demasiado bien armados.» A pesar de su reclutamiento ideológico, la relación de fuerzas no le había pasado inadvertida... Al día siguiente fueron al campo de entrenamiento personal de Fidel Castro, Punto Cero, privilegio exclusivo compartido con algunos íntimos seleccionados con gran celo. «¿Qué tienes contra la guerrilla?», le preguntó el padre de todos los cubanos. Ella comprendió que estaban bajo escucha y que no se le escapaba nada.

Mi padre, durante los duros ejercicios que realizaba con su instructor personal, no rezongaba ante las largas marchas por la montaña con una mochila cargada de piedras para poner a prueba su resistencia: «La revolución es ante todo una batalla que hay que librar contra uno mismo.» A mi madre no le gustaban los mosquitos ni las enormes alforjas porque tenía una espalda delicada, y se lo explicó a Fidel Castro. Según ella, la guerrilla no debía ser la única forma

de resistencia. Pragmático, él le preparó meticulosamente otro tipo de entrenamiento, urbano. A partir de entonces, una decena de instructores desfilarían durante el día para adiestrarla en el espionaje: conducir un coche durante una persecución, fotografiar documentos con cámaras miniatura, codificar y esconder información en las tapas de los libros, evitar a la policía durante las localizaciones, practicar kárate. Todo lo necesario para convertirse en una perfecta chica Bond. Perfeccionista, el jefe supremo se tomaba su tiempo para controlar la calidad de su formación.

Mi madre era una baza para el régimen: políglota, abierta al mundo que ya había recorrido, con contactos por todo el continente latinoamericano, y sobre todo en Bolivia, lo que, como veremos, tendrá su importancia. Fidel Castro la trataba con consideración y hacía caso omiso cuando aparecía con minifalda, prohibida terminantemente en las calles de La Habana. Había comprendido que no era posible embridar aquella yegua. Se resistía a formar parte de la corte que el jefe de la revolución había instaurado en torno a él, aunque de hecho pertenecía al «aparato cubano». «Crecí bajo una dictadura en Venezuela, y eso me ha inculcado la fobia a los militares, a la policía, a los chivatos. En La Habana, de forma instintiva sentí que todo aquello actuaba... en nombre, claro está, de la lucha contra la CIA.» Así que, en cuanto podía, se escapaba a la universidad, donde cursaba la carrera de filosofía. En el camino, escuchaba a los cubanos comentar, entre el humor y la exasperación, los últimos caprichos del Líder Máximo: traer vacas normandas para fabricar queso francés, que le encantaba, producir fresas como hacía la esposa del embajador de Francia en su huerto, hacer que los niños plantaran semillas de café alrededor de la capital, en detrimento de su educación y del sentido común campesino. La isla se había convertido

en un lugar de experimentaciones, a veces descabelladas; un gran parque de juegos para comunistas.

Las charlas nocturnas entre mi padre y Fidel Castro proseguían. Mi padre estaba como hechizado por la logorrea del Comandante, capaz de hablar diez horas seguidas. Ponía por escrito sus comentarios, teorizando su pensamiento, clarificando sus intuiciones, sintetizando sus análisis. Mi padre escribía a mano en francés, mi madre traducía y mecanografiaba, y el Líder Máximo releía. ¿Revolución en la revolución? fue publicado en Cuba a principios de 1967, con una tirada de doscientos mil ejemplares, y luego lo editó Maspero en París. «Debray fue la pluma, Fidel el pensamiento», resumió Jean Larteguy en *Paris Match*. Este libro se convirtió en el «discurso del método» de la revolución, el breviario del «foquismo», teoría encarnada por el Che que consiste en la multiplicación de focos guerrilleros y que fue estudiada a fondo por los militantes. En la Radio cubana se leía como un serial y se estudiaba en la Universidad de La Habana.

Moscú y Pekín se negaban a apoyar una lucha armada allí donde no existiera ya un partido «revolucionario de masas». Mi padre demostraba lo contrario: una guerrilla dirigida por un pequeño grupo de activistas conseguiría reunir progresivamente a la población en torno a la causa revolucionaria hasta transformar el combate en guerra «revolucionaria de masas». La organización militar podía, por tanto, preceder a la organización política. La radicalidad y la violencia de sus palabras se correspondían con el espíritu de los tiempos. Hoy resultan sorprendentes: «Para desbloquear este tabú, este retraso secular de miedos y humildad ante el amo, el policía, el guarda rural, no hay nada mejor que el combate [...]. En el nuevo marco de la lucha a muerte, ya no hay sitio para las soluciones espurias, las búsquedas

de equilibrio entre la oligarquía y las fuerzas populares, los pactos tácitos de no agresión. [...] Vencer supone aceptar por principio que la vida no es el bien supremo del revolucionario.»

Mi padre fue ascendido al rango de «favorito de Fidel» y teórico del régimen. Mis padres cenaron en Nochevieja con el jefe del Estado; en su discurso de fin de año, los colocaron en la tribuna de honor de la plaza de la Revolución, al lado de la insustituible Celia Sánchez. Eran los únicos que no formaban parte del gobierno. Evidentemente, esto suscitó envidia y codicia. Estaban totalmente integrados en el primer círculo de íntimos del hombre fuerte de Cuba, un verdadero emperador sin imperio. ¿Los deslumbraba esa situación? Un poco, seguramente... En cualquier caso, ya estaban en el punto de mira de la CIA.

En febrero de 1967, mi padre fue enviado a Bolivia —con su pasaporte verdadero precisamente cuando, con la publicación de su libro, se hallaba bajo el foco de atención— para unirse a la guerrilla del Che como agente de enlace. ¿Cuál fue el objetivo de aquella operación? Impulsar un «segundo Vietnam» latinoamericano. «Crear dos, tres, muchos Vietnam», ese era el credo del Che.

Mi madre no aprobó aquella partida precipitada: su instinto político la incitaba a la desconfianza. Para los servicios secretos estadounidenses, era fácilmente localizable; para los comunistas bolivianos, era un agente prochino. Pero para Fidel encarnaba a un Malraux de la selva boliviana.

Mi madre conocía demasiado bien Bolivia y la importancia de su sentimiento nacional —los países vecinos le habían amputado casi la mitad de su territorio a lo largo de los dos últimos siglos— para no anticipar el fracaso de aquel nuevo foco de insurrección: extranjeros que sin hablar las lenguas locales esperaban contar con la ayuda de los campesinos para sobrevivir en aquel rincón agreste y hostil, mientras que serían considerados invasores por una población muy apegada a la propiedad de su parcela de tierra, y

sin poder contar con el apoyo de una clase obrera organizada, confinada en las lejanas regiones mineras. Había que estar realmente obnubilado para creer en ello.

Pero el Che consideraba que el nacionalismo era un sentimiento ridículo y reaccionario que debía ser combatido en nombre del «internacionalismo proletario». Para él Bolivia, encuadrada entre Perú, Chile, Argentina, Paraguay y Brasil, podía constituir el santuario de todos los movimientos guerrilleros dispersos alrededor y una base de apoyo para los futuros frentes revolucionarios del continente. A pesar de sus recursos mineros, era el país más pobre de América Latina y tenía en su haber el récord de golpes de Estado. Pero también era el país en el que había tenido lugar una reforma agraria radical, llevada a cabo por el MNR durante la revolución de 1952: los pequeños propietarios se habían organizado desde entonces en sindicatos poderosos y estaban protegidos por el ejército. Los dos bandos no eran antagonistas sino aliados.

Para mi padre, «el deber de un revolucionario es hacer la revolución». Basta de teoría, había llegado el momento de pasar a la acción: «Sin fusil, mala pluma; sin pluma, mal fusil», repetía. Estaba dispuesto a todo por el Che, aquel héroe desaparecido desde hacía casi dos años de la escena oficial pero que, tal como sabían algunos iniciados, preparaba una operación de envergadura.

Antes de marcharse, mi padre quiso ver el despacho que el Che había abandonado en el Ministerio de Industria: ¿lo hizo para impregnarse de mística revolucionaria? Mi madre, intrépida y curiosa, no dudó en registrar los cajones del despacho del «superhombre». Encontró un cuaderno con anotaciones garabateadas y empezó a leerlo: era su diario del Congo, que nunca será publicado íntegramente. Mi padre, escandalizado ante tanta desfachatez y falta de respeto hacia

aquel semidiós, la abrumó con amenazas para que dejara el manuscrito sagrado. Mi madre acabó cediendo de mala gana. Buscaba elementos de análisis, mientras que mi padre estaba en la admiración beata. Para él, el mito era intocable; para ella, podía ser deconstruido.

Para mi padre, aquel era un mal momento para partir hacia Bolivia porque esperaba la visita de sus padres unas semanas más tarde. Mi abuela había sido invitada como presidenta del Festival internacional de danse de París, que acababa de concederle un premio a la bailarina estrella cubana Alicia Alonso. Estaba impaciente por volver a ver al hijo que se había marchado a los trópicos hacía dos años.

Mi padre le pidió a Piñeiro, viceministro de Interior y jefe de los servicios de información y operaciones clandestinas, del que recibía órdenes, que anulara aquella invitación. Barbarroja, así le llamaban, le dio su palabra y mi padre se marchó tranquilo. Mis abuelos llegaron tal como estaba previsto a La Habana y se sorprendieron al ver que su hijo no estaba para recibirlos. Sus interlocutores cubanos intentaron convencerlos de que tuvieran paciencia, diciéndoles que se había marchado al otro extremo de la isla para cortar caña de azúcar: aquella «tarea voluntaria» era una ocurrencia de Fidel Castro para «movilizar a las masas». Mis abuelos, perplejos, pidieron información al embajador de Francia, que les mostró un telegrama de la agencia AFP que acababa de recibir: «Un francés fue asesinado ayer entre las filas de

guerrilleros procastristas bolivianos durante un enfrentamiento con las tropas gubernamentales. Se trataría, según los militares bolivianos, de un tal Régis Debray o Lebrej.»

Mis abuelos descubrieron en el mismo momento que su hijo no era profesor de filosofía sino guerrillero, y que había muerto. El golpe fue inmenso. Era el 24 de abril de 1967.

Aquel mismo día, mi madre volvió a casa después de su jornada de entrenamiento y encontró un mensaje deslizado por debajo de la puerta. Unos camaradas venezolanos le daban la noticia, discretamente, por si nadie la había informado todavía. Luego una amiga socióloga chilena, Paz Espejo, se presentó sin avisar. Mi madre se dio cuenta de que había descolgado sigilosamente el teléfono del apartamento. Comprendió que la enviaba Piñeiro con la misión de impedir que se enterara de la muerte de mi padre. Controlar la información equivale a controlar a las personas, y en consecuencia supone conservar el poder absoluto. Mi madre consiguió por fin deshacerse de aquella mujer parlanchina a la que yo conocí, de niña, exiliada en París, en su pisito lleno de humo. Nunca se lo reprochó: para mi madre, los recuerdos comunes prevalecen siempre sobre los rencores.

En lugar de sentirse abatida por la noticia, decidió pasar por alto las manipulaciones del jefe de los servicios secretos y tomó la iniciativa de ponerse en contacto con sus futuros suegros, sabiendo que se encontraban de paso en La Habana. Encontró un intermediario, un hombre de confianza que ella admiraba por su refinamiento y cultura. Saverio

Tutino, miembro de la resistencia italiana durante la guerra y luego corresponsal de *L'Unità* en Cuba después de haber estado en China y Francia, aceptó aquella misión confidencial. Partió de inmediato en busca de mis abuelos, que siempre se lo agradecieron y le fueron fieles: todos los años irán a visitarlo a Roma hasta su muerte.

Mis abuelos enviaron un coche a mi madre para que fuera a encontrarse discretamente con ellos en el hotel. Nunca habían oído hablar de ella. Mi padre se había mostrado tan discreto sobre sus compromisos políticos como sobre su vida amorosa. Ya no les iba de una sorpresa más. Quizá esta sería más agradable que las demás.

Mi madre encontró a mi abuelo desamparado; sentado en la cama de su habitación del Habana Libre, no escondía sus lágrimas ni su decaimiento. Mi abuela, altiva y elegante, disimulaba su sufrimiento acentuando su compostura. Mi madre comprendió que se encontraba con su *alter ego*, tan inteligente y valiente como ella. Los tres se convirtieron en aliados infalibles: mi madre será la hija que nunca tuvieron, una cómplice y una guía en aquel mundo que no conocían.

Cuando de niña preguntaba sobre aquella época «mítica», mi abuelo Georges suspiraba profundamente y mi abuela Janine adquiría una expresión que oscilaba entre el dolor y el despecho: les faltaban las palabras para hablar de ello, como si, veinte años después, la herida todavía no se hubiera cerrado. Yo estaba muy resentida con mi padre por haberles hecho sufrir tanto a ellos, que tanto hacían por mí.

Mi madre, siempre racional, les explicó que Régis no se había ido a Bolivia como combatiente. Así que dudaba de la hipótesis de una muerte en combate. Estaba convencida de que había sido arrestado y de que en aquel mismo momento estaría siendo torturado por los militares, que buscaban información sobre la guerrilla y la presencia del Che.

No había tiempo que perder, había que ir lo antes posible a Bolivia para localizarlo. Habría podido admitir la idea de una muerte accidental, de un daño colateral durante una emboscada, algo tan probable como un arresto, pero prefirió excluir los escenarios derrotistas. Se aferró a cualquier precio a su versión de los acontecimientos, tan probable como cualquier otra, pero que se adecuaba mejor a su temperamento de luchadora.

Mi abuela, atónita ante el aluvión de noticias contradictorias recibidas a lo largo del día, pidió ver a algún responsable político cubano. Mi abuelo, demasiado consternado para poder reaccionar, dejó que su esposa tomara la iniciativa. El régimen aún ocultaba información a mi madre. Así que debía seguir actuando con prudencia. Se dirigió a una mujer a la que respetaba por su integridad, Haydée Santamaría, hermana de un mártir y heroína de la revolución, fundadora y directora de la Casa de las Américas —al frente del ámbito cultural de la política de expansión de la revolución—, que, demasiado agobiada por las muchas desilusiones políticas, se suicidará en 1980. Mi madre tenía la certeza de que Haydée conocía ya la noticia del fallecimiento de mi padre y le pidió que se reuniera con los padres de Régis sin contar nada a sus superiores.

Después de aquella entrevista, en la que Haydée apoyó a mi madre en su análisis, mi abuela pidió ver al responsable de aquella situación, Fidel Castro. Acostumbrada a recibir en el Ayuntamiento de París a los jefes de Estado en visita oficial y a tratar con dirigentes políticos de toda índole, mi abuela quería evaluar a aquel que había enviado a su hijo a aquella aventura peligrosa. Entonces mi madre se dirigió a otra mujer, Celia Sánchez, la compañera del Líder Máximo, para organizar dicha reunión, eludiendo deliberadamente la autoridad del director de los servicios de información,

Piñeiro. Mis abuelos se reunieron aquella misma tarde con el Comandante y mi madre hizo de traductora. La conversación fue cordial y directa, aunque mi abuelo rechazó el puro que Fidel Castro le ofreció. Él los animó a ir a Bolivia en busca de su hijo. Mi madre, en cambio, tenía que quedarse en Cuba «por razones de seguridad»: era una presa demasiado interesante para la CIA. Ya estaba todo dicho. Aunque hubiera querido rebelarse contra aquella orden, no resultaba fácil escapar del «Club Med»: no tenía papeles, ni agencia de viajes, y además estaba sometida a una vigilancia a toda prueba.

Mi madre animó a mis abuelos a ir de inmediato a Bolivia. Pero primero regresaron a Francia para activar sus relaciones e influencias políticas. Llamaron a todas las puertas: a la Cruz Roja internacional, al Papa —que intervendrá—, por supuesto, al Gobierno. Mi abuela alertó a De Gaulle: «Mi hijo está en grave peligro. Me marchó esta tarde a La Paz para intentar salvarlo. Es la angustia de una madre la que hace que me atreva a dirigirle una llamada apremiante para que me conceda su ayuda en mi grave misión.» Reconozco su estilo enfático e imagino su mueca de dolor al escribir estas líneas. Mi abuela era capaz de ser tan enérgica como teatral. Confiaba en la relación familiar con los Vendroux, la familia política del general, para que aquella petición de ayuda no fuera en vano.

A la mañana siguiente, el general envió un telegrama a otro general, el presidente boliviano Barrientos, al que había conocido tres años antes durante su periplo latinoamericano: «Deseo llamar su distinguida atención sobre el interés que tengo por preservar su vida, que, en última instancia, solo depende de usted. Es posible que este joven y brillante universitario se haya dejado llevar sin rumbo por su parcialidad

excesiva y el deseo de aventura. Sin embargo, sería lamentable poner fin, por unos errores de juventud, a una existencia cargada de promesas y que augura un sincero arrepentimiento.» Es la única vez que De Gaulle intervendrá personalmente a favor de alguien que no era ni mucho menos una personalidad, tan solo un joven perdido por los caminos de la radicalidad.

La respuesta fue mordaz: «Es posible que en Francia, y según su generoso concepto, se le considere “un joven y brillante universitario”. Lamentablemente, aquí en Bolivia solo lo conocemos como un intruso subversivo gravemente comprometido en el asesinato de veintisiete soldados, civiles y suboficiales de nuestras fuerzas armadas y como teórico de la violencia para la destrucción del orden institucional.» Entre militares, ¡el estilo diplomático estaba de más!

A pesar de la hostilidad local hacia él, mi padre en adelante estaría protegido: el ojo de París velaba por él, pero no estaba a salvo de algún abuso. Además, las noticias contradictorias se sucedían: fusilado, fugado, intercambiado. La confusión sobre su destino persistió hasta que las autoridades bolivianas reconocieron finalmente su detención en Camiri. Una foto de su arresto las traicionó. La historia de aquel cliché, tomado en Muyupampa y publicado en La Paz, es una verdadera novela, al igual que la existencia de mis padres desde hacía cinco años. Solo tenían veintisiete años, pero ya habían vivido varias vidas, a la vez despreocupadas e implacables. Era la primera vez que conocían el sufrimiento físico y moral, despiadado e intenso: su buena estrella se había esfumado.